

Para Armenia Acosta

La obra de arte imperfecta

(El día que Hölderlin creó al hombre)

El ojo izquierdo de Sartre y el derecho de Buñuel rodaron entrechocándose hasta quedar a medio palmo de distancia uno del otro. Friedrich sonrió con los escasos reflejos que su idiocia de treinta años le permitía. Una precisión del azar que terminó por convencerlo de que su tarea contaba con el beneplácito de las oscuras potencias que antaño lo deslumbraron para siempre.

Con las tijeras entre sus dedos se concentró en recortar cuidadosamente el rostro de un Papa chillón reproducido en una monografía sobre Bacon. Las cuencas raspadas y aquella boca desencajada abrieron una sima vagamente familiar en su cerebro.

Se levantó y buscó entre los artefactos reunidos en aquél palomar blanco un torso adecuado que atornillar a la laringe. Recordó la visión entrevista por Rilke en un museo mediterráneo: un torso arcaico de Apolo, con el álabe del pecho inclinado, una fracción que respiraba totalidad. Por fortuna el agujero abierto por los arqueólogos italianos para sentarlo en una base tenía el tamaño justo de la rosca laríngea: una nueva precisión del azar que reforzó en Friedrich la convicción y el ánimo.

El torso estaba rematado por un giro silencioso del muslo que anunciaba el centro donde estuvo el sexo. Rápidamente se acercó a unos libros abiertos en el suelo y cogiendo una novela de Genet arrancó las páginas veintiocho, veintinueve y treinta, que hablaban del sexo adolescente de Querelle, marinero de Brest. Y nuevamente volvió a acertar, pues el pene arrancado, de un tamaño aproximado a tres páginas, se plegó suavemente para dejarse caer, proporcionando en su desmayo, sobre el muslo de Apolo. Para pegarlo raspó un poco de yeso de las paredes y lo mezcló con su saliva.



Armenia Acosta: Xilografía sobre tela

Cuatro alambres que sobresalían de la pared, aposento de palomas, sirvieron como base para las extremidades. Colocó los alambres en las cuatro esquinas del torso, rasgando el mármol antiguo en una rosa de los vientos, y moldeó, con la carne masticada de su dieta, brazos y piernas. Minúsculas formas anélides reptaban bajo la carne, oscuras venas para vivificar en los miembros su esperanza inmóvil.

Sólo las fauces abiertas restaban serena belleza al adolescente del mundo. Friedrich extrajo el rodillo agujereado de una pianola mecánica que entonaba la obertura de una opereta popular. Las polillas habían abierto nuevas notas en el papel pautado, y pudo entonces tararear el primer sonido de la Creación. Lo introdujo en la boca, la selló con un carmín ligero, en el que había mezclado algo de su sangre, y tapó con el cuerpo con una túni-

ca azafanada, sombra ácida de las latinas.

Finalmente, con mucho cuidado, más que el que había puesto en anteriores operaciones, recogió los ojos y, como era de esperar, no sólo cayeron con la distancia exacta sino que su volumen, pese al distinto origen, coincidían con las cuencas abiertas en la reproducción del que fuera antes Papa, que imaginó Bacon sobre un sueño de Velázquez. Friedrich posó sus manos sobre el sexo de papel y mientras recitaba su inaudible letanía sintió cómo la vida ciega se movía dentro de aquellos brazos y piernas: *Al principio fue el Verbo, Al principio fue el Verbo*, "*Al principio fue el Verbo*"...

Los ojos telescópicos de Sartre y de Buñuel recorrieron las paredes blancas del palomar, buscando las esquinas de aquella habitación circular.